

soldados de aquella potencia, para dar en tierra con los Tinoco. Y el barco extranjero llegó a nuestras playas. Pero los marinos se abstuvieron de hollar nuestro patrio suelo porque el Ministro de Chile, para evitarle una afrenta a la raza, se trasladó entonces a Puerto Limón y consiguió que el invasor se detuviera".

De ser cierta semejante culpa tan a grandes títulos impresa, parece apenas concebible que hombres de ese jaez, traidores a su patria en cualquier nación civilizada, sigan manejando la política, aspirando a los destinos públicos y diciéndose salvadores de esta "Suiza centroamericana". Mas si es falso lo publicado no acierta uno a comprender que puedan tragarse acusación de tamaña gravedad y volumen, sin que se ahoguen de hipo, aquellos que creen y sienten que se les debe respetar.

La explicación resulta difícil para los que no conozcan este ambiente. Podría darla un hombre como Mario Sancho. Y la dan también los ofendidos: ¡Esas son cosas de la política! Es decir, que en tratándose de política la difamación viene a ser arma poderosa en lides de elocuencia. Y la pueden usar como a bien tengan los demóstenes que a sueldo contratan los partidos. Y pueden igualmente hacer uso de ella, en la forma que les plazca, las plumas acogidas a la misma sentencia de que en política todo puede hacerse y escribirse, para lo cual citan ejemplos:

A don Bernardo Soto se le lanzaron nefandas ofensas de orden familiar; a don José Joaquín Rodríguez se le acusó de que quería convertir a Costa Rica en un enorme monasterio, lo que no quita que al tomar el mando anduviese lanza en ristre contra sotanas y tonsuras; al venerable don Ezequiel Gutiérrez "lo pintaban con cuerpo de mono y le colgaban una camándula del rabo"; a don Gregorio Trejos, no obstante que era beatífico, talentoso y apacible, lo sacaban en caricaturas grotescas con figura de burro, y sus adversarios rejuraban que había mandado rellenar con cascos de botellas las pozas de su finca, para que los niños que allí fuesen a bañarse se "estacaran" y murieran; a don Máximo Fernández le ponían en discusión ignominiosa la limpidez de sus apellidos; de don Ascensión Esquivel asegurábase que iba a trocar los templos en caballerizas, pero bien sabemos todos que se abrigó bajo palio cuando le entregaron el poder; y a don Cleto González Víquez, que no por su voluntad nació descalzo, le gritaban los chiquillos "cloacas".

¿Qué más da, por lo tanto, que a los candidatos de ahora, a los del juego capitalista, les digan "yeguas" al uno y "ruco" al otro? ¿No es acaso ingeniosa esta campaña de relinchos? Pero todavía más ingeniosas son las frases y las contradicciones del actual Presidente don Ricardo Jiménez, a las que también alude Mario Sancho. Se dijo arriba del temor del clero con don Ascensión Esquivel. Igual era la zozobra cuando se hablaba del ateo Ricardo Jiménez, quien haría de las bancas de las iglesias canoas para el pasto de semovientes y caballos. Pero si Esquivel abrigóse bajo palio, en olor de beatitud, que ya va para el de santidad, se encuentra el inclito de don Ricardo Jiménez al cabo de la vejez. ¡En apostólica "pose", desmayado el mirar, unción seráfica, bien acomodado entre priores y obispos se puede contemplar al grande hombre, con su vera efigie que sale de negra indumentaria, en un ventanal policromado de la Basílica de los Angeles!

Allí descansen en buena y sacra compañía, al olor de humos de incienso, en tanto van los lectores repasando la semblanza que de él hace Mario Sancho, y que bien se merece el avispaño ciudadano que por tercera vez ha podido financiar la compra del gobierno. Quiere decir entonces que don Ricardo no ha sido tan popular. Bueno es que lo sepan los de afuera, para que en el exterior no sigan creyendo que aquí están todos de rodillas ante un fetiche. El elegirlo Presidente en tres períodos ha costado casi dos millones de colones. Y nunca pudo obtener la mayoría que la ley pide para tener derecho al bastón de mandatario. Hubo que hacer combinaciones desmoralizadoras. Ponerse de acuerdo con los prestamistas de los distintos partidos y reconocer sus acreencias. Entregarse de lleno en sus manos. Sólo la última campaña

costó ₡ 535.000.00 y fracción. Son datos que hace pocos días publicaron los periódicos, y no de fuente enemiga. Los dió el jefe de la gavilla de don Ricardo, su hombre de confianza, su brazo derecho, con perdón de los demás brazos que no son pocos. ¡Y en la última campaña no hubo que reconocer, como en las anteriores, la deuda republicana ni la deuda reformista! Multiplíquese por tres y algo más que costaron las dos primeras jornadas cívicas de don Ricardo, para llegar sin remedio a los dos millones de "morrocotas" que entonces sí tenían valor.

Por eso, porque hay que corresponder a tanta munificencia, el capital no está gravado. Por eso los impuestos pesan sobre la miseria colectiva. Por eso los financiadores han visto aumentadas sus fortunas con las diferencias del cambio de la moneda. Pero quienes por la pitanza defienden al gran repúblico dirán que se le ataca por política. Y hablarán de demagogia sin tomar conocimiento de lo que esta palabra significa. Porque si tuvieran noticia de lo que es demagogia, cuidaríanse de usar ese término en presencia del que ha dado en llamarse "el más ilustre de los costarricenses". Su liberalismo—demagogia—ha venido a convertirse en libertad sin freno del poderoso para oprimir y estrujar económicamente al inerme. Su antiimperialismo—demagogia—ha venido a ser sumisión completa y absoluta a la banca y al Gobierno norteamericanos. Su amor a la patria—demagogia—ha corrido tan mala suerte que hoy se le confunde con entreguismo apenas comparable al de Díaz o de Chamorro.)

Hubo, sin embargo, quienes pensaran en llevarlo por cuarta vez al sacrificio, en tal forma que el 8 de mayo de 1936 no cambiara de residencia y que de la butaca presidencial, al llegarle su hora, se le pudiese trasladar directamente a la mansión de los difuntos. Mas él no quiso aceptar la tesis reeleccionista porque ya le ha dado a la patria todo lo que podía darle.

Entonces fueron los rabiosos jimenistas a casa del ex-Presidente don Julio Acosta, el que apechugó con el Protocolo Oreamuno-Hughes que pone parte de nuestro territorio en la garra de los Estados Unidos; el segundo de don Ricardo, no obstante que en otra época había tronado contra su jefe de hoy, por lo que el propio Acosta llamó "los crímenes ignominiosos de Heredia y Alajuela"; el ex-revolucionario sin saber por qué ni a qué horas, pues confiesa no tener ideología para no perder su libertad: ni republicano, ni monárquico, ni socialista, ni comunista.

Fueron, pues, a convencer a don Julio de que diera su asentimiento para postularlo y lo sacaron de sus casillas. Pero al cabo de unos días preguntó con cuántos miles de colones se contaba. Pocos capitalistas de los de bolsa llena pestañearon, escurridizos se mostraron otros y escupieron los menos muy pequeña cosa. No alcanzaba con lo recaudado ni con lo ofrecido siquiera para empezar. Entonces el señor Acosta retiró su candidatura. ¡Y en los periódicos se dijo que eso era un hermoso gesto de varones romanos o de Catones griegos!

Júzguese por todas estas cosas si Mario Sancho no tiene razón, así clamen los comodones que en este caso también se trata de política. Sagaz argumento éste que esgrimen los politiqueros, para que no se sepa nunca a ciencia cierta en dónde está la verdad y en dónde la mentira. Y para que los grandes culpables se sientan seguros, amparados al dicho de que todo es cuestión electoral. ¡Y para que sigan soñando los tontos con su Costa Rica helvética!

Pero el escritor ha cumplido con su deber dando a la estampa esta crítica suya de nuestra lamentable realidad. Y el gesto valeroso ha de celebrarse. Siquiera para que las nuevas generaciones abran los ojos y asuman responsabilidades. Al menos para que los jóvenes de hoy se sacudan y empiecen a forcejear y se abran paso. No en la escuela del dicterio infamante sino en el estudio de esta descomposición social. No en agrupaciones que siguen al que va presidiendo la farándula, costeada por los ricachos que facilitan el préstamo, sino en ideologías concretas que acaben con morales y materiales desventuras.